

“La gran belleza”. Italia-Francia, 2013. Dir.: Paolo Sorrentino. Con Toni Servillo.

Descenso al infierno

Esta es la historia de Jep Gambardella (Toni Servillo: muy bien), un periodista a quien la vida tornó cínico, epigramático a lo Wilde, panerótico: dandi y *bon vivant*, bebedor a lo Francis Scott Fitzgerald, implacable censor, empezando por si mismo, fallido amante y amado. Y este Virgilio del siglo XXI nos guía por un mundo de trencitos de bailanta monumentales y frenéticos, mas no alegres, entre frisos y fuentes; o por piazza Navona, o cercano a sugerentes tomas del mar Tirreno, más las infaltables arcadas del Tíber, y plazas y costas, cielos y playas, jardines y albercas de lujo, mafiosos y cardenales, clínicas contra el envejecer—inyecciones de *botox* mediante— presentadas como escenas performativas bravías y breves, o niñas superdotadas que pintan a lo Jackson-Pollock, bajo la mirada de seres estatuarios y estatuas personificadas, que se dan a ser mirados por los voyeurs de la platea.

Estamos en Roma la eterna, la *città aperta* que nos mostraran en cine, Rosellini, en sesgo documental y combativo; Antonioni en giro desolado y vacío, y Fellini, en juego nostálgico, circense y espectacular.

(Precisamente el film “La dolce vita” ha sido citado en demasía a propósito de “La gran belleza” como si esta fuera un refrito de aquella, cosa que dista mucho de serlo y parecerlo).

Jep Gambardella es un novelista malogrado, que dejó esperando a la gente por más, luego de un primer relato espléndido de juventud. Hoy, Jep, es solo un periodista mediático que arrastra su penar indisimulable por ambientes tan penosos y hermosos, como los que pintara Proust en “*A la recherche du temps*

perdu”: una aristocracia anfibia y onírica, que vira a lo pesadillesco, no con monstruos marinos, pero sí con animales de magnificencia simbólica: grullas que vuelan hacia el horizonte y una jirafa alucinante que se disuelve en el aire.

La historia del periodista Gambardella nos da a conocer de su vida el hecho de que dio a luz un libro no despojado de talento. Eso fue en su juventud; ahora promediando la séptima década de su vida, no cree que ya pueda escribir nada nuevo. El proyecto de escribir sobre ‘una nueva belleza’ solo cosechó un malogrado saldo, una convicción creciente de que ese nuevo El Dorado no existe o es inencontrable. Esto debe serle duro, pero es la reflexión a la que Jep se acerca, y ello implica una conclusión no exenta de amargura y desamparo: “ya no hay para mí otro más allá”. Esta solución abrasiva y conclusiva no le ha impedido a Jep trabajar de periodista, y frecuentar un mundo de ricos, plenos de un existir vacuo, rezumantes de embriaguez y *carnevale*, más un tránsito por noches y madrugadas infernales, al que el escriba también se suma. Las imágenes evocadoras de la juventud interrumpen este presente baldío, una brisa de amor puro fulgura como una llama breve que se extinguirá pronto. Salen a escena otros personajes: entre tanta apariencia y olvido suicida real, resurge un joven calmo, amigo de las princesas, que tiene las llaves de todos los palacios. Ellos guardan la belleza de telas que muestran en placidez y hermosura a mujeres rescatadas en cuadros, (*La fornarina* de Rafael es solo una de ellas —*La panadera* de ojos brujos y senos pequeños y velados, uno de ellos ya tocado por el dedo de la muerte). Hay más personajes que enganchan nuestra mirada; así: un otro joven dandi con quien Jep rivaliza, pero el otro ganará el pavoneo entablado entre los dos, debido a las flamantes manillas de acero que sellarán su destino carcelario de mafioso elegante y su existir de tipo que “ha vivido peligrosamente”.

(Otros personajes hay sin embargo que no cejan en su empeño por crear, un amigo de Jep, tiene un módico reconocimiento en su afán teatrero y se retira a su *paese*, porque no puede soportar más su fracaso tibio y gris en Roma).

No faltan los funerales, puesto que la farándula ostenta los antifaces de la muerte. Y no estamos en el sesenta felliniano, estamos *encanutados* de cocaína en el pos-ochenta del SIDA y en su saldo de venéreos frutos de muerte.

Tampoco falta el recuerdo, la nostalgia de la juventud militante, esclava de un partido que financiaba cuanto propósito altruista se pusiera a tiro para un *entrismo* social de ateísmo farabute.

En el comienzo, el discurso del film arroja a la cara del espectador una espiritualidad desvirtuada por los servidores de la Iglesia, mostrada en el rostro de un cardenal (velado en erosión de sombra, en agrietamientos que sugieren charlatanería, corrupción, pedofilia) que confunde auxilio espiritual con recetas de cocina, volcado a discurrir en largas tiradas sobre la cocción de tiernos conejos asados. Solo en un segundo tiempo, el discurso del film abunda sobre este punto de espiritualidad y lo hace mostrando a una monja longeva, santificada en vida y volcada a la ingesta de raíces de hierbas y sacrificio. Ella cuestiona al escritor de pozo creativo seco, y contesta a su vez las cuestiones que a ella le llegan. Y consigue ir más allá del *bla-bla-bla* de sus guardianes. Un lacónico mensaje entonces pega en el espectador: “La pobreza no se cuenta, ¡se vive!” y tolstonianamente la santa añade que solo mordiendo la raíz silvestre de tu comarca, arribarás a la sabiduría. Y la recién proferida es una saeta aureolada de misticismo, próxima al dolor de existir, que este film muestra descarnadamente, a poco que se raspe levemente el brillo feraz y hermoso como de manto regio, que recubre el film todo. Un

personaje ha nombrado a Marcel Proust, el film se abre con cita de Louis-Ferdinand Céline, en el comienzo de su libro mayor *Viaje al fin de la noche*; lo que parece una adecuada caracterización para acercarse a la esencia de este film heteróclito, valioso y sabio.

Juan Carlos Capo